

gre y gloriosísimo día que fué principio de nuestro bien, en el cual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su Santísima Madre. Ya de noche, con cuanto secreto pudo, se fué á un hombre pobrecito, andrajoso y remendado, y dióle todos sus vestidos, hasta la camisa, y vistióse de aquel su deseado saco que traía comprado, y púsose con mucha devoción delante del altar de la Virgen. Y porque suele nuestro Señor traer los hombres á su conocimiento por las cosas que son semejantes á sus inclinaciones y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengan á entender y gustar las que ántes no entendían, quiso también que fuese así en Ignacio, el cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pié y parte de rodillas, estuvo velando delante la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón á ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para adelante. Y por no ser conocido, ántes que amaneciese, desviándose del camino real que va á Barcelona, se fué con toda priesa á un pueblo que está hácia la montaña, llamado Manresa, tres leguas de Monserrate, cubiertas sus carnes con solo aquel saco vil y grosero, con su soga ceñido y el bordon en la mano, la cabeza descubierta y el un pié descalzo, que el otro, por haberle aún quedado flaco y tierno de la herida, é hincharsele cada noche la pierna (que por esta causa traía fajada), le pareció necesario llevarle calzado. Apénas había andado una legua de Monserrate, yendo tan gozoso con su nueva librea, que no cabía en sí de placer, cuando á deshora se siente llamar de un hombre que á más andar le seguía. Este le preguntó si era verdad que él hubiese dado sus vestidos ricos á un pobre que así lo juraba, y la justicia, pensando que los había hurtado, le había echado en la cárcel; lo cual como Ignacio oyese, demudándose todo y perdiendo la voz, no se pudo contener de lágrimas, diciendo entre sí: «Ay de tí, pecador, que aún no sabes ni puedes hacer bien á tu prójimo sin hacerle daño y afrenta!» Mas por librar deste peligro al que sin culpa y sin merecerlo estaba en él, en fin confesó que le había dado aquellos vestidos. Y aunque le preguntaron quién era, de dónde venía y cómo se llamaba, á nada desto respondió, pareciéndole que no hacia al caso para librar al inocente.

## CAPÍTULO V.

De la vida que hizo en Manresa.

Llegado á Manresa, se fué derecho al hospital, para vivir allí entre los pobres que mendigaban, ensayándose para combatir animosamente contra

el enemigo y contra sí mismo. Y lo que más procuraba era encubrir su linaje y su manera de vivir pasada, para que, encubierto y desconocido á los ojos del mundo, pudiese más libre y seguramente conversar delante de Dios. La vida que hacia era ésta: cubría sus carnes con la desnudez y desprecio que arriba contamos. Mas, porque en peinar y curar el cabello y ataviar su persona había sido en el siglo muy curioso, para que el desprecio desto igualase á la demasia que en preciarse dello había tenido, de día y de noche trujo siempre la cabeza descubierta, y el cabello (que, como entonces se usaba, por tenerle rubio y muy hermoso le había dejado crecer) traíale desgreñado y por peinar. Y con el menosprecio de sí dejó crecer las uñas y barba. Así suele nuestro Señor trocar los corazones á los que trae á su servicio, y con la nueva luz que les da les hace ver las cosas como son, y no como primero les parecían; aborreciendo lo que ántes les daba gusto, y gustando de lo que ántes aborrecían. Disciplinábale reciamente cada día tres veces. Y tenía siete horas puesto de rodillas en oración, y esto con grande fervor é intensa devoción. Y oía misa cada día, y visperas y completas, y con esto sentía mucho consuelo interior y grande contento; porque, como ya su corazón estaba mudado, y como una cera blanda dispuesto para que en él se imprimiesen las cosas divinas, las voces y alabanzas del Señor que entraban por sus oídos penetraban hasta lo interior de sus entrañas. Y con el calor de la devoción derretíase en ellas, contemplando su verdad. Pedía limosna cada día; pero ni comía carne ni bebía vino. Solamente se sustentaba con pan y agua, y aún esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y recibía el Santísimo Sacramento del altar. Tenía tanta cuenta con irse á la mano, y tomaba tan á pechos el sojuzgar su carne y traerla á la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que á su cuerpo pudiese dar algún deleite ó regalo. Y así, aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, á pocos días se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia. Vino con esto á traer á sí los ojos de las gentes, y tras ellos llevaba los corazones. De manera que muchos que se le allegaban y deseaban tratar familiarmente con él, cuando le oían, quedaban por una parte maravillados, y por otra inflamados para todo lo bueno. Porque, aunque él era principiante en las cosas espirituales y poco ejercitado en las virtudes, pero estaba tan abrasada su ánima en el fuego del amor divino, que no podían dejar de salir fuera sus llamas y resplandores. Y de aquí es que sus palabras, tan encendidas, acompañadas con la fuerza y espíritu que tenía en persuadir á la verdadera virtud, y con el ejemplo de aquella vida que todos veían, ayudándole la gracia del Señor

para todo, eran parte para ganar las almas á Dios y para enamorar los corazones de los que le trataban, y aficionarlos á sí y traerlos suspensos con grande admiración. Para lo cual no ayudaba poco lo mucho que se había divulgado por la tierra de su nobleza y valor, que fué, como suele, creciendo de lengua en lengua, y publicando aún mucho más de lo que en él había en hecho de verdad. Tuvo origen esta fama de lo que él con tanto secreto había hecho en Monserrate, que con toda su diligencia y cuidado no lo pudo encubrir; porque cuanto él más procuraba esconder la hacha encendida y ponerla debajo del medio celemin, tanto más Dios nuestro Señor la ponía sobre el candelero para que á todos comunicase su luz.

## CAPÍTULO VI.

Cómo nuestro Señor le probó, y permitió que fuese afligido con escrúpulos.

Entrando pues en este palenque nuestro soldado, luchando consigo mismo y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los cuatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia y con un mismo tenor de vida, sin entender los engaños y ardides que suele usar el enemigo con quien lidiaba. Aún no había descubierto Satanás sus *entradas y salidas*, sus acometimientos y *fingidas huidas*, sus acechanzas y *celadas*; aún no (1) le había mostrado *los dientes de sus tentaciones*, ni le había puesto los miedos y espantos que suele á los que de véras entran por el camino de la virtud. Aún no sabía Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo despues de haber pasado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentación; ni había experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido, *levantado y abatido, caído y que está en pié* (2), porque no había su corazón pasado por las mudanzas que el hombre espiritual suele pasar y experimentar. Cuando un día, estando en el hospital, rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo: «¿Y qué haces tú aquí en esta hediondez y bajeza? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta gente tan vil, y andando como uno dellos, escureces y apocas la nobleza de tu linaje?» Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó á tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El cual desta manera fué vencido. Otro día, estando muy fatigado y cansado, fué acometido de otro molestísimo pensamiento, que parece que le decía: «¿Y cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como ésta, y tan miserable, y peor que de salvajes, setenta años que aún

(1) Las palabras de letra cursiva están borradas para omitirlas en las ediciones siguientes, y en vez de *no enmendaba ni*. De este modo quedaba la cláusula más aligerada y correcta.

(2) Por igual razón que en la cláusula anterior, borró estas palabras subrayadas, á fin de que se omitieran en las ediciones siguientes.

te quedan de vida?» Á lo cual respondió: «¿Y por ventura tú, que eso dices, puedesme asegurar sola una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia, ¿qué son, comparados á la eternidad?» Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al descubierto, para volver atrás del camino comenzado. Y habiendo sido tan lleno de trabajos y peligros, y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre. Mas de ahí adelante hubo una gran mudanza en su ánima, y comenzó á sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos en ella. Porque estando en oración y continuando sus devociones, secábasele súbitamente algunas veces el corazón, y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose, por verse sin ningún gusto espiritual. Mas tras esto, venía luego con tanta fuerza una como corriente del divino consuelo, tan impetuosa, que le arrebatava y llevaba en pos de sí. Y así con esta luz desaparecían los nublados de la tristeza pasada, sin dejar rastro de sí. La cual diferencia y mudanza como él echase de ver, movido con la novedad y admirado, decía: «¿Qué quiere decir esto? ¿Qué camino es éste por donde entramos? ¿Qué nueva empresa es ésta que acometemos? ¿Qué manera de guerra es ésta en que andamos?» Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fué comenzarle á acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados. De manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto. Porque, aunque era verdad que con toda diligencia y cuidado se había confesado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que muchas veces le remordiese la conciencia y le escarvase el gusano, y dudase si confesó bien aquello? ¿Si declaró bien esto? ¿Si dije como se habían de decir todas las circunstancias? ¿Si por dejarme algo de lo que hice, no dije toda verdad? ¿O si por añadir lo que no hice mentí en la confesión?» Con los estímulos destes pensamientos andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigiliass alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio. Ántes derribado con el impetu de la tristeza, y desmayado y caído con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las cuales no tenía otra áncora ni otro refugio, sino allegarse, como solía, á recibir el Santísimo Sacramento del altar. Pero algunas veces, cuando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerza y poderosamente, como que le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entre-

gado del todo á los dolorosos gemidos, soltaba las riendas á las lágrimas copiosas que le venían. Daba voces á Dios y decía: «Señor, gran fuerza padezco; responded vos por mí, que yo no puedo más.» Y otras veces, con el Apóstol, decía: «Triste de mí y desventurado, ¿quién me librará deste cuerpo, y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo?» Ofrecíasele á él un remedio, y parecíale que sería el mejor de todos para librarse destes escrúpulos, que era si su confesor, á quien él tenía por padre, y á quien él descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase, y en nombre de Jesucristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas porque por haber salido dél este remedio temía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor. Habiendo pues pasado este trabajo tan cruel, algunos días fué tan grande y recia la tormenta, que un día pasó, con estos escrúpulos, que como perdido el gobernalle, y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oracion, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó á dar voces y á decir en grito: «¡Socorredme, Señor! ¡Socorredme, Dios mio! Dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mio, defensor mio. En ti solo espero; que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí, y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya á vos. Sed vos, Señor, el que me le deis para que me guíe; que aunque sea un perrillo el que me diéredes por maestro, para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le acepto por mi preceptor y mi guía.» Habíase pasado en este tiempo del hospital á un monasterio de Santo Domingo que hay en Manresa, adonde aquellos padres le hicieron mucha caridad, y estaba aposentado en una celda cuando pasaba esta grande tormenta, la cual no aflojaba punto con los gemidos y lágrimas; ántes se acrecentó por un torbellino nuevo, que le apretó muy fuertemente con un desesperado pensamiento, que le decía que se echase de una ventana abajo de su celda y se despeñase. Mas él respondía: «No haré tal, no tentaré á mi Dios.» Y con esto se volvía á Dios y decía: «¿Qué es esto, Señor? ¿Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? ¿Pues cómo, Señor, me queréis echar de vos? ¿Por qué permitis que ande tan triste, y así me aflija mi enemigo, que me da grita, preguntándome cada hora: ¿Dónde se te ha ido tu Dios?» Dando pues á Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vinole al pensamiento un ejemplo de un santo, que para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese por ello á peligro de morir. Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa del

mundo, no dejando por eso de tener sus siete horas de oracion, hincado de rodillas, y de hacer sus disciplinas tres veces cada día, ni los otros ejercicios ni devociones que tenía de costumbre. Y viéndose despues de este tiempo aún con fuerzas para pasar adelante y no nada debilitado, quería proseguir su ayuno, que había durado de domingo á domingo. En el cual yendo al confesor, y confesándose, y dándole cuenta de lo que había pasado por su alma aquella semana, como solía, y lo que adelante quería hacer, su confesor se lo estorbó, y le mandó que comiese, diciéndole que si no lo hiciese, y si piadosamente no confiase en la misericordia del Señor, que le había perdonado sus pecados, no le daría la absolucion. Obedeció pues llanamente á lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que quería tentar á Dios. Y aquel día y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero día tornó á ser de ellos combatido como de ántes; mas al fin, el remate de esta dura pelea, que le había puesto en tan peligroso trance, fué, que desvaneciéndose como humo las tinieblas que á cosas tan claras el demonio le ponía, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que ántes no veía. Y con grande desengaño y resolución determinó de sepultar la memoria de los pecados pasados, y no tocar más á sus llagas viejas, ni tratar dellas en la confesion. Y con esta victoria tan señalada alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánima, y tan grande discreción de espíritu, y conocimiento de sus movimientos interiores, y tan admirable gracia de Dios para curar conciencias escrúpulosas, que por maravilla venía á él persona ninguna, tocada de esta enfermedad de escrúpulos, que no quedase libre con su consejo. Porque no probaba Dios á Ignacio para sí solamente, mas también para nuestro provecho se hacía aquella tan costosa prueba. Que aunque el Señor quiere á todos sus soldados muy expertos y probados, pero mucho más á aquellos que han de ser como guías y caudillos de los otros; á los cuales, despues de muy humillados y abatidos, suele levantar y consolar, mortificándolos primero, y despues vivificándolos, para que puedan, por lo que en sí experimentaron y aprendieron, consolar á los que se ballaren en cualquier género de aprieto y tribulacion.

#### CAPÍTULO VII.

Cómo, pasadas las tentaciones, le consoló Dios nuestro Señor.

Habiendo pues salido, por la misericordia divina, de las angustias y apretura de las tentaciones pasadas y viéndose ya en más anchura y libertad de corazón, no por eso aflojó punto del cuidado que tenía de sacar un vivo retrato de todas las virtudes en su alma. Y el buen Jesus, que es fiel y verdadero en sus palabras y misericordiosísimo en sus obras, y que nunca deja ningún servicio, por pequeño que sea, sin galardón, quiso regalar á este su siervo con halagos y consolacio-

nes divinas, alumbrando con ellas su entendimiento, inflamando su voluntad, y esforzándole y alentándole para todo lo bueno. De tal suerte, que á la medida de la muchedumbre de los dolores pasados que había sufrido en su corazón, alegrasen y regocijasen su ánima (como dice el Profeta) las consolaciones del Señor. Y así, aunque desde el principio trataba Dios á Ignacio (según él solía decir) á la manera que suele un discreto y buen maestro que tiene entre manos un niño tierno para le enseñar, que va poco á poco, y no le carga de cosas, ni le da nueva licion hasta que sepa y repita bien la pasada. Pero despues que con las tentaciones pasó adelante y subió ya á la escuela de mayores, comenzóle Dios á enseñar doctrina más alta y descubrirle cosas y misterios más soberanos. De donde, como él fuese devotísimo de la Santísima Trinidad, y á cada una de las personas divinas tuviese devocion de rezar cada día su cierta y particular oracion, un día, estando en las gradas de la iglesia de Santo Domingo rezando con mucha devocion las horas de nuestra Señora, comenzóse á levantar en espíritu su entendimiento, y representósele, como si la viera con los ojos, una como figura de la Santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía. Fué esto con tanta grandeza y abundancia de consuelo, que ni entónces ni despues, andando en una procesion que se hacía, era en su mano reprimir los sollozos y lágrimas que su corazón y ojos despedían, las cuales duraron hasta la hora del comer. Y aún despues de comer no podía pensar ni hablar de otra cosa sino del misterio de la Santísima Trinidad. El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos. Y desde allí se le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma é impreso, que en el mismo tiempo comenzó á hacer un libro desta profunda materia, que tenía ochenta hojas, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir. Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo. Porque siempre que hacía oracion á la Santísima Trinidad, la cual solía hacer á menudo, y gran rato cada vez, sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devocion que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Despues otras con el Hijo, y finalmente con el Espíritu Santo, encomendándose y ofreciéndose á cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenisimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes. En otro tiempo también, con grande alegría de espíritu, se le representó la manera que tuvo Dios en hacer el mundo. El cual mucho despues, cuando contaba estas cosas él mismo, decía que no podía con palabras explicarlas.

En el templo del mismo monasterio, estando un día con grandísima reverencia y devoto acatamiento oyendo misa, al tiempo que se alzaba la hostia y se mostraba al pueblo, con los ojos del alma claramente vido (1) cómo en aquel divino misterio y debajo de aquel velo y especies de pan, verdaderamente estaba encubierto nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre. Muchas veces, estando en oracion, y por largo espacio de tiempo, con estos mismos ojos interiores vido la sagrada humanidad de nuestro Redentor Jesucristo, y alguna vez también á la gloriosísima Virgen, su Madre; y esto no sólo en Manresa, donde entónces estaba, sino despues también en Hierusalén, y otra vez en Italia, cerca de Padua, y otras muchas en otras partes. Con estas visitaciones y regalos divinos quedaba su ánima tan esclarecida de celestial lumbré y con tanto conocimiento y seguridad de las cosas de la fe, y su espíritu tan confirmado y robusto, que pensando despues estas cosas muchas veces consigo mismo, le parecia, y de véras se persuadía, que si los misterios de nuestra santa fe no estuvieran escritos en las letras sagradas, ó si, lo que no puede ser, la Escritura divina se hubiera perdido, con todo eso, serían para él tan ciertos y los tendría tan fijados y escritos en las entrañas, que solamente por lo que había visto, no dudaría, ni de entenderlos, ni de enseñarlos, ni de morir por ellos.

Saliendo un día á una iglesia que estaba fuera de Manresa como un tercio de legua, é yendo (2) transportado en la contemplacion de las cosas divinas, se sentó cabe el camino que pasa á la ribera de un río y puso los ojos en las aguas; allí le fueron abiertos los del alma, y esclarecidos con una nueva y desacostumbrada luz. No de manera que viese alguna especie ó imágen sensible, sino de una más alta manera intelligible, por lo cual entendió muy perfectamente muchas cosas, así de las que pertenecen á los misterios de la fe, como de las que tocan al conocimiento de las ciencias. Y esto con una lumbré tan grande y tan soberana, que despues que la recibió, las mismas cosas que ántes había visto, le parecían otras. Y habiendo estado buen rato en este arrebatamiento y suspension divina, cuando volvió en sí echóse de rodillas delante de una cruz que allí estaba, para dar gracias á nuestro Señor por tan alto y tan inmenso beneficio. Mas ántes que fuese visitado del Señor con estos regalos y favores divinos, estando aún en el hospital y otras muchas veces, se le había puesto delante una hermosa y resplandeciente figura, la cual no podía discernir, como quisiera, ni qué cosa fuese, ni de qué materia compuesta, sino que le parecía tener forma como de culebra, que con muchos á manera de ojos resplandecía. La cual cuando estaba presente le causaba mucho contento y consuelo, y por el

(1) La palabra *vido* por *vió* se halla igualmente en la segunda edicion castellana de 1586. En la última, la de 1605, ya puso *vió*.  
(2) En la edicion de 1605, y *yendo*; en la edicion de Barcelona de 1863 se ha suprimido la *y*.